Señores Editores:

En el año 2004 me embarqué en la búsqueda de un viejo conocido, alguien cuyo nombre es (¿era?) Nicolás Lebón, y que barrunto que ustedes conocerán ya por algunas publicaciones que hizo a propósito de la obra de Caicedo antes de su desaparición. Esta búsqueda me llevó en un sinuoso viaje por Colombia durante el cual tuve la ocasión de recibir y encontrar algunos de los manuscritos del libro que preparaba Lebón sobre Caicedo. Muchos de esos papeles fueron destruidos por las llamas en circunstancias que no vienen ahora al caso. Lo que quizás importe es que éste que les envío como respuesta a su convocatoria logró salvarse casi completamente de esa vorágine.

No me queda duda de que la firma que acompaña al texto es un pseudónimo de Nicolás Lebón: como fácilmente podrán verificar, se trata de un anagrama de su nombre, mientras que Nobel es a la vez una imagen especular de Lebón. Quizás hallen un poco más interesante el que las dos iniciales incluidas en el nombre sean las mismas del sujeto de estudio, Andrés Caicedo. En Cali me han señalado que Solín resuena como un eco de los solitarios personajes caicedianos, y en especial de uno: Solano Patiño. No debe escapárseles que Solín es también el acompañante del otrora famoso Kaliman, dato que me ha proporcionado un sociólogo que fue amigo de Caicedo y que podría ser atractivo no sólo por el juego homofónico con la ciudad colombiana del que el escritor a veces abusó, sino porque además remite a la cultura popular: en los setentas Kalimán y Solín habrían llegado a miles de hogares colombianos en formato historieta cómica y radionovela. La explicación que le atribuyo al título que sigue a la firma es que se buscaba mediante ella darle algún tipo de validación académica y científica al estudio presentado.

Precisamente en cuanto a la validez y veracidad del texto mismo, debo confesar que no poseo la pericia en psicología, psiquiatría, sociología y antropología que parece necesaria para evaluarlo, pero intuyo que Lebón tampoco la tenía, y que se trata de un ejercicio de simulacro. Confío en que ustedes tendrán a su disposición los recursos para determinarlo. Conforme al respeto que dicta mi ignorancia, he conservado el estilo del manuscrito original, tocándolo únicamente para reconstruir parte de la sección de obras citadas, que fue cuota devorada por el fuego. Mi conocimiento e intereses,

algo alejados de los de Lebón, sólo me han permitido sorprenderme ante el estilo y el método empleados en la construcción de este estudio por alguien a quien anteriormente publicara trabajos muy disímiles. Su uso del lenguaje clínico me hace pensar en Burroughs, y quizás intuir que Lebón pudiera haber querido intentar darle un derrotero terapéutico a la controversia por el suicidio de Caicedo, dejando abierta la posibilidad del silencio. Tendría otros comentarios sobre las fuentes empleadas y unas nimiedades semejantes, pero creo que no vienen al caso.

Reconozco que este texto les llegará ya muy pasada las fechas de recepción, y les ofrezco mis sinceras disculpas. La explicación es quizás demasiado inocente: antes de decidirme a enviar el texto quise aguardar hasta el final, siempre abrazado a la esperanza de tener noticias de Lebón. Mis últimas pesquisas le ubicaban en la zona de La Macaregua por la época en que el gobierno de turno y la guerrilla rompían los diálogos y las negociaciones en febrero del 2002. Lo que haya ocurrido luego de eso es algo que no se ha podido averiguar con certeza. Existen sendas versiones similares de su desaparición que deposita cada una la responsabilidad en un actor armado diferente; carecemos de evidencia contundente para verificar cualquiera de ellas. Luego de las varias y a veces espectaculares liberaciones, rescates o fugas de secuestrados por la guerrilla hemos recobrado momentáneamente la esperanza, sólo para saber al cabo del tiempo que no habremos logrado aprender nada nuevo sobre su suerte. Incluso los jefes paramilitares que habían prometido dar informaciones sobre el paradero de miles de desaparecidos han sido expresamente extraditados, y permanecen incomunicados mientras se negocian a puerta cerrada los términos de sus juicios. De parte del gobierno y el ejército tampoco hemos sabido nada. En la poco probable eventualidad de que recibiera nuevas informaciones, se las habré de enviar para incluirlas en la sección correspondiente del libro.

Su muy atento servidor,

N.N.

# Andrés Caicedo: Historia debida –un reporte clínico–

Solín A. Nobel C., PhD

> … he sentido un despojamiento muy profundo y sólo ante estas páginas puedo encontrar un refugio. Mi único refugio está dentro de mí, y yo lo estoy minando. Cuando se derrumbe será mi cabeza la que perderá todo punto de apoyo y se desinflará como un globo punzado.
>
> Andrés Caicedo
> "Diario de un viaje a Nueva York"

> from where / a red tomato / lies rotting /
> I am only /
> A few steps away
>
> Saito Mokichi

## Introducción

El presente estudio cualitativo pretende hacer uso de los métodos propuestos por el relativamente reciente campo interdisciplinario de la suicidología, y en particular de la herramienta de la historia de vida para reconstruir el caso de Andrés Caicedo a partir de fragmentos y documentos suyos y los proporcionados por sus allegados. La ventaja más perceptible que ofrece este método frente a otros como el de la autopsia psicológica es que no se limita a trazar los eventos sociales y mentales precedentes al acto suicida sino que además se detiene en reflexiones sobre sus posibles impactos posteriores. Pioneros dentro del campo son los trabajos de Baechler y Gratton. Este último es de mayúscula importancia para el caso presente, pues los resultados de sus estudios aplicados a historias de vida de jóvenes señalan una honda desconexión entre los valores de estos jóvenes y los recursos que se les ofrecen.

## El problema del suicidio

A lo largo de su prolongado recorrido, los estudios sobre el "mal del siglo XIX" han ofrecido un completo inventario de posibles orígenes para este comportamiento. Una de las propuestas exploradas lo examina como un problema existencial inherente a las facultades de autorreflexión propias de los individuos de la raza humana. Desde la perspectiva antropológica, Malinowski presentó su contribución en la obra *Crime & Custom in a Savage Society*. Estudiando el fenómeno del suicidio en islas del Pacífico, Malinowski revela tensiones en el sistema de clanes matrilineales para afirmar que cada trasgresión de una norma social expone a la institución que la ha dictado. Ruth Benedict dio continuidad a esta vena investigativa con *Patterns of Culture*, en donde sostiene que las actitudes adoptadas frente al suicidio son tan variables como lo pueden ser las adoptadas hacia la vida y la muerte.

De acuerdo con cifras de la OMS (WHO), más de un millón de suicidios son registrados anualmente alrededor del mundo, es decir, el suicidio se presenta a razón de uno cada cuarenta segundos. Esta cifra espectacular supera a la suma de muertes por homicidio (500 mil) y por guerras (230 mil) y constituye casi la mitad de las muertes violentas que ocurren en el planeta. La cifra se hace aún más escalofriante cuando se tiene en cuenta que por cada suicidio concretado puede producirse hasta veinte intentos fallidos, es decir que en el mundo alguien intenta suicidarse cada segundo. Estos números son un frío antifaz tras el cual se esconde la muerte de personas de carne y hueso.

## Durkheim

Los aspectos sociológicos en que basamos el presente estudio se acogen principalmente a teorías contemporáneas del suicidio derivadas del importante análisis hecho por Emile Durkheim. En su obra *Le suicide* (1897), Durkheim realiza estudios cualitativos a partir de historias de vida y notas dejadas por víctimas de suicidio. De manera innovadora, propone que la estructura de cada sociedad es la que *escoge* su propio contingente de muertes suicidas, es decir, que las causas para estos suicidios son siempre sociales y los motivos aparentes son apenas pretextos. Sus conclusiones le permiten trazar y dividir un mapa del suicidio en cuadrantes determinados según el éxito con el cual el individuo logra o no adaptarse a las condiciones de su sociedad.

En la hipotética situación ideal ubicada en la intersección de los ejes trazados, el grado de individualización experimentado por el sujeto no debe ser ni muy fuerte ni muy débil. Cuando la individualización alcanzada es excesiva, la insuficiente integración del sujeto a las redes sociales conduciría a un suicidio *egoísta*, es decir, enfatizado en el ser individual. Cuando, por el contrario, es muy

débil el grado de individuación, se presenta una excesiva integración social y se habla de suicidio *altruista*, término derivado del francés que define la diligencia en procurar el bien ajeno aun a costa del propio.

La proverbial inclinación de Durkheim por la moderación es ya evidente en la determinación de las dos primeras categorías. Para él, el exceso ni excelso es, ni saludable. Individuo y sociedad deben lograr y mantener un equilibrio mediante normas sociales ni muy fuertes ni demasiado laxas. El desequilibrio producido por exceso o falta de regulación daría paso respectivamente a la ocurrencia de suicidios *fatalistas* y *anómicos* (del griego *a-nomos*, "sin ley"), estos últimos característicos de sociedades que han experimentado cambios demasiado rápidos.

## Parasuicidios

El problema del suicidio se ha agudizado en Colombia durante los últimos treinta años, exhibiendo tendencias similares a las observadas a nivel mundial. Las ideas suicidas han experimentado un aumento vertiginoso entre grupos de adolescentes y jóvenes, quienes se han situado en el lugar de prevalencia en los últimos diez años. Hace dos lustros, esta franja correspondía a las edades entre 30 y 44 años. Según estudios recientes, el 5 por ciento de la población colombiana mayor de 18 años –un número que ronda los dos millones de personas y que triplica al de 1993– ha intentado suicidarse alguna vez, mientras que el 12 por ciento ha llegado a por lo menos contemplar la idea. Las grandes ciudades como Bogotá, Cali y Medellín revelan una incidencia muy superior de síndromes suicidas juveniles. ¿Qué fantasmas, qué temores pasarán por la cabeza de los jóvenes que eligen el camino sin regreso para sus problemas?

En el campo cultural pareciera en ocasiones que el discurso sobre el suicidio estuviera sometido al de género. Mientras que la muerte de célebres personajes de carne y hueso como Walter Benjamin y Yukio Mishima, o literarios como el del protagonista de *Respiración artificial*, suele representarse con un énfasis instrumental, suicidios femeninos como el de Virgina Woolf y Alejandra Pizarnik o el de Antígona con frecuencia se presentan con un enfoque distinto. Las cifras también indican una suerte de división genérica en los casos estudiados. Los trastornos mentales suelen hallar similar incidencia entre hombres y mujeres, pero los hombres son más propensos a caer en adicciones alcohólicas o drogadicción para evadir sus problemas. Quizás se deba esto a que los hombres generalmente no saben pedir ayuda, y caen víctimas de su auto-indulgencia. El de las mujeres, en cambio, además de ser el grupo que con mayor frecuencia se ve afectado por el suicidio (en las grandes ciudades las mujeres adolescentes actualmente constituyen el sector con mayor tendencia suicida, tendencia que ha crecido exponencialmente en

años recientes), también es el que más a menudo llega a concebir un plan de realización para ese suicidio.

En el caso de Caicedo, el primer intento documentado sólo ocurre a comienzos de 1976, aunque suponemos que las ideas suicidas surgen antes de eso. En carta a un colega y amigo describe la experiencia de ingerir una sobredosis de benzodiazepinas, de la que es rescatado con lavados gastrointestinales, administración intravenosa de fluidos y dosis adecuadas de Flumazenil:

> hace no sé cuánto tiempo me tomé, impecablemente, 25 Valium Blues y me hice profundas cortadas en las muñecas con el cuchillo de cocina más oxidado que pude encontrar: no me pasó nada: de lo primero una falta de memoria como de 3 o 4 días: de lo segundo, una posible infección, un temido tétano, bastante sangre, espesa, negra, pero después la coagulación, el cierre, y olvídate, ninguna cortada de venas resulta efectiva. [...] Sufrí de fiebre altísima y de inflamación en los ganglios del pescuezo, pero anoche me apliqué un supositorio de Cloranfelicol y hoy estoy bien, mientras la pobre P[R] guarda cama. Parece que la única forma de curarse es transmitir la enfermedad a la persona amada. ("Nueve" 53)

El segundo intento viene dos semanas después y es de una intensidad significativamente más brutal: "125 pastillas de Valium 10, y si no es por mi hermana, que viajó oportunamente de Cali a Bogotá, me toteo" ("Nueve" 54). En vista de este nuevo intento, y de la proximidad de su cumpleaños número 25, su familia decide internarle en una clínica psiquiátrica. Recluso, se siente sólo y abandonado a pesar de que el afecto familiar se manifieste con visitas y regalos:

> me han traído un equipo de sonido de esos en forma de maletín ejecutivo con tocadiscos, radio y grabadora y estoy escuchando pura salsa, todos los discos que compré en la víspera de mi segundo suicidio, de lo que no me acuerdo nada: las 125 pepas me produjeron amnesia retrógrada: abarcando 3 días antes y 3 días después. ("Nueve" 55)

Es de notar que en ambos intentos fallidos documentados Caicedo se vale de métodos considerados "suaves", por lo cual sería ventajoso ubicarles en la categoría de "parasuicidios". Los métodos "fuertes" –es decir, los que involucran armas de fuego, saltos, ahorcamientos, ahogamiento, etc.– no son contemplados por él, lo cual de por sí permite un asomo adicional a las características de su personalidad, de sus sentimientos hacia el poder y la violencia.

A pesar de la reincidencia, no se puede afirmar que el comportamiento suicida sea una constante en Caicedo; más bien parece ser un acto explosivo

y coyuntural que se intercala con acciones explícitamente vitales como las relaciones personales o la creación artística. Si la suya fuera considerada una sociedad egoísta, sus intentos de suicidio podrían leerse como un comportamiento típico de quien en realidad no deseaba morir sino ajustar la vida a un nivel percibido como aceptable. Antes que lograr resultados fatales, el sujeto habría entonces estado ejerciendo el chantaje o lanzando un llamado de auxilio, tras lo cual esperaba una intervención que le reconciliara con su entorno social.

Un ejemplo de lo anterior se puede hallar en los comentarios que Caicedo refiere a un colega sobre el artículo que escribe con ocasión del matrimonio de Kim Novak a un veterinario: "lo mejor que he publicado y a todo el mundo le digo que es lo último que publicaré. Tú y yo sabemos que es mentira, pero me gusta que la gente piense que ya estoy acabado, para que reciban, de tanto en tanto, la sorpresita" ("Nueve" 52). Como es evidente en estos comentarios, dentro de sus cálculos cabe la posibilidad de que con sus intentos o alusiones al suicidio la sociedad lo acepte. Es, de alguna manera, la misma dinámica observada por el pecador al expiar sus pecados tras la confesión en el ritual católico. Dado como presupuesto su aislamiento social, el sujeto marcado por la ausencia de relaciones significativas busca llamar la atención y propiciar cambios en la configuración de su círculo afectivo más próximo. Una buena parte del mensaje aportado en estas acciones es el ruego implícito de que esa "dulce compañía / no le desampare ni de noche ni de día", como reza la conocida oración de la guardia angelical.

Es interesante ver que en su caso el intento definitivo de suicidio viene justo cuando la publicación de su obra es un hecho, cuando hay una sensación de deber cumplido o por lo menos de ciclo cerrado, saldando su visión de "dejar obra y morir tranquilo". A partir de ese momento sólo le resta eliminarse para dar cumplimiento y valor a su palabra. El suicidio es para él en ese momento un compromiso inaplazable en el que cada día vale, y un periodo de seis meses le parece "demasiado tiempo para mi pobre vida" ("Nueve" 54). Al mismo tiempo, su obra impresa le asegura la supervivencia, no en términos monetarios, sino en términos de fama y memoria. Conjugando la publicación y el suicidio, Caicedo se deja devorar por una muerte luminosa (a la que suele llamar afectuosamente "mi muerte a plazos" (54)) mientras trasciende la vida del cuerpo físico y se convierte en muerto viviente, vampiro y zombi.

## Suicidio

En 1977, el sujeto cumple su promesa y se suicida a solas en su apartamento del céntrico Edificio Durkhy.[1] Se le ve con vida por última vez recorriendo la Avenida Sexta desde el Teatro Bolívar hasta el Oasis cargando

bajo el brazo la primera copia editada de su novela, lista para publicación. A los amigos y conocidos que encuentra por el camino les enseña orgulloso la primera página con una lúdica dedicatoria manuscrita en clave de salsa y firmada por JGC y SM, sus editores: "Pa' chismoso tú". También cuenta de su tristeza por no haber podido estar en ese momento en el Festival de Cine de Cartagena, donde en las ediciones anteriores se le viera "borracho desde las 9 de la mañana..., escribiendo para El Pípol [El Pueblo] crónicas perfectamente delirantes y esquizofrénicas" ("Nueve" 53). Las meseras del Oasis aseguran haberle oído canturreando: "Ya llegó la hora / dulce y bendecida". Tras pagar la cuenta se habría alejado recitando: "en tus manos el día que ya pasó y la noche que viene" (Mayolo, Entrevista personal).

Faltan seis meses para que deje de tener veinticinco años cuando el sujeto es presentado por familiares y amigos en las instalaciones de Medicina Legal con un cuadro de muerte por sobredosis de barbitúricos. De acuerdo con los testimonios allí consignados, sus últimas palabras fueron: "se me estalla la cabeza".[2] Algunas versiones han indicado la existencia de una nota suicida que nunca ha salido a la luz, aunque es difícil imaginar en Caicedo la actitud caricaturesca que le permitiera encabezar una nota con las palabras "Señor Juez" o "No se culpe a nadie". Esta nota, de existir, en todo caso, sería definitiva para determinar si su suicidio fue o no un acto voluntario. Sin contar con el beneficio que podría proporcionar la existencia de dicha nota, se decide formalizar el término *suicidio* para describir su muerte con el fin de evitar en lo posible los abismales juicios morales connotados por otros términos como "muerte voluntaria" o "auto-asesinato", traducciones literales de las palabras latinas *sui cidium* y *sui cadere*, ancestros etimológicos empleados ocasionalmente en el campo clínico.

## Posibles causas: infancia y componente familiar

En Caicedo emergen en la adolescencia patologías psiquiátricas que pueden ser adjudicadas a eventos ocurridos en la infancia. Nacido en Cali en septiembre de 1951, su padre, aunque portara el apellido de una de las familias de alcurnia de la región, es de sangre mulata, lo cual lo hace vulnerable a la discriminación dentro de las esferas altas y medias de la sociedad. Eso es precisamente lo que hace la familia de su esposa, señora principal de la crema de la conservadora Popayán, quien nunca ve con buenos ojos la unión de la pareja ni el nacimiento de sus hijos.

En uno de sus diarios, proporcionado para este estudio por uno de sus más cercanos amigos, se deduce que la infancia la pasó trasladado de una escuela a la otra, viviendo experiencias que fueron traumáticas. De esas primeras épocas permaneció el amargo recuerdo del cura Cortés, encargado de la administración

del colegio internado. Este sacerdote era el prototipo del industrial valluno: cruel, prejuicioso, abusivo y racista. Como era además exhibicionista y sádico, obligó al sujeto a presenciar sus abusos sexuales y por su herencia de sangre lo relegó al mismo tratamiento que daba a los sirvientes de la escuela, rol que abandonaba sólo cuando llegaban sus padres a visitar. Al partir éstos volvía a dormir en la cocina en una batea sobre un costal lleno de piojos, a recoger frutas en las madrugadas, regar los sembrados en las noches y recibir raciones miserables de comida. Su refugio y amparo fueron los negros y negras, indios e indias de la servidumbre que "vieron en mí exactamente como si fuera uno de ellos, con la diferencia que por ser más blanco que ellos acaso necesitaba más consuelo... y me lo dieron a manos llenas" (Diario IV).

Otro aspecto que es necesario explorar es el componente familiar en el fenómeno afectivo del sujeto. La muerte de su hermano infante, consecuencia de una deformación congénita, es vista por muchos como prueba irrefutable del desencanto que produce a su Dios la unión de la pareja generadora. Para Caicedo significa, más que eso, quedarse como único hijo varón de la familia, al cuidado de sus tres hermanas, que ya son bastante mayores para la época. Por ellas demuestra siempre gran afecto y admiración, al punto de que en algún momento en que enumera a sus actrices preferidas de Hollywood (empezando por Rita Coolidge y la Varsi de "antes de las anfetaminas"), incluye también a Jane Seberg, Lee Remick y Shirley Mac Laine, asociándolas con sus hermanas por similitudes en sus edades y algunos atributos físicos. Sin embargo, su nexo más cercano es con la menor de esas hermanas, a quien siente más próxima en edad y sensibilidad.

Los factores biológicos no se descartan. A partir de la información recolectada en clínicas psiquiátricas fue posible realizar un "genograma" (árbol genealógico complejo), herramienta que permite reconstruir la historia de vida del sujeto para determinar comportamientos suicidas intergeneracionales y los eventos principales que marcaron a su familia durante las tres generaciones anteriores. Respetando aspectos familiares de su vida que se nos ha confiado, debemos señalar que el problema depresivo y el suicidio se dieron también en otros miembros de la familia y operan entre ellos como una suerte de enfermedad mental. Existen incluso versiones (posiblemente echadas a andar por el mismo Caicedo) que hablan de la existencia de un hermano gemelo, fallecido en circunstancias parecidas, lo cual tendría sentido a la luz de investigaciones que señalan una incidencia significativa de casos de suicidio entre mellizos y gemelos. Sin embargo, la veracidad sobre la existencia de dicho hermano no se ha comprobado mediante el genograma, por lo cual esta teoría no ha podido ser desarrollada seriamente.[3] El acceso a cartas escritas a su madre y a sus hermanas (especialmente las intercambiadas con su hermana mayor durante el período en que ella gestaba su segundo par de gemelos), aún

inéditas y celosamente guardadas, podrían darnos más luces sobre este y otros aspectos. Caicedo proporciona indicaciones en ese sentido cuando afirma que "[en] el género epistolar... se puede encontrar, después de mi muerte, algo de lo mejor que he escrito" ("Nueve" 49).

## Círculo Lovecraft

En casos como el de Caicedo, el vínculo humano es a menudo el mejor recurso salvavidas. Ante la difícil relación con su madre, puede adivinarse la intención de consolidar este tipo de vínculo tras las relaciones de amistad que establece mediante proyectos como el del Cine-Club de Cali, la revista *Ojo al Cine*, o la película que se propuso realizar y que nunca se terminó. El desarrollo de estos proyectos es su manera de crear y extender lazos afectivos que le permitan arraigarse dentro de su sociedad. Sin embargo, esos vínculos nunca se muestran satisfactorios y sus esperanzas de mantenerse atado a la vida se van disolviendo lentamente. Es ilustrativa la manera en que el proyecto de la revista –cuya importancia es reconocida a nivel nacional desde un principio– termina siendo para él una carga más a medida que sus compañeros lo van abandonando hasta dejarlo prácticamente sólo a cargo de todo el trabajo de redacción, edición, diseño y hasta distribución y venta. La excepción a esa actitud sería su compañera afectiva de los últimos meses, quien se mantiene a su lado hasta el final a pesar del accionar agresivo que en ocasiones emprende contra ella. "En una ocasión estuve muy cerca de lanzarme por la ventana y de clavarme un cuchillo... porque en esas horas en que ella me lloraba tan injusta e implacablemente no encontraba para qué vivir más" (Diario IV).

Sensible como siempre lo fue, Caicedo se muestra consciente de la presencia de esta mujer y perturbado por su obvia incapacidad de reciprocar su tratamiento solidario. A diferencia de lo observado por Henry y Short en sociedades integradas, la situación social del sujeto parece obligarle a dirigir contra sí mismo la mayor parte de la agresividad producida por esa perturbación. Esto pudo haber tenido una incidencia importante en su decisión final.

La situación le lleva en cierto momento a intentar lanzar un desesperado llamado de auxilio a sus lectores:

> escribo estas líneas con una gran angustia. Que me den un contrarrestante más fuerte o que me extraigan la droga de mi cuerpo. Ya no puedo más. No es justo haber estado un mes y seis días en una clínica de reposo para después sentirme tan mal... Este que ahora dice llamarse Andrés Caicedo no lo es más. 'Por favor', ayuda. ("Nueve" 56)

El llamado originalmente consignado en sus diarios es reproducido en cartas destinadas a sus colegas, allegados y amigos más próximos. Insiste en

comunicarles lo mucho que necesita de ellos y de su contacto. Sin embargo, no obtiene la respuesta que él espera, y con la futilidad de cada nuevo intento se percibe más aislado y alienado que nunca.

La soledad y el ser que opta por el encierro son temas que le obsesionan y que se hacen presentes con notoriedad desde sus primeros textos, interrelacionados con el aspecto sexual. Una imagen que le acompaña permanentemente es la del hermano de un amigo suyo, que "se murió de locura, y que se la pasó 12 años encerrado, menos por la noche que salía a ver jugar bolos y una vez que salió a conocer a las mujeres y le pegaron gonorrea" (Diario V). Según su propio testimonio, buscando salir de la soledad y del estado en que le dejó la experiencia vivida en la clínica, tuvo que "ahogar el recuerdo" con alcohol, con tal frecuencia e intensidad que terminó abocado a "un verdadero ataque de nervios" ("Nueve" 56).

## El Edipo

En su círculo afectivo se destaca la madre, hacia quien Caicedo demuestra gran cercanía y aprecio, al punto de la veneración.[4] Al mismo tiempo, teme constantemente ser víctima de su abandono o su desprecio. Sostiene una relación confusa y compleja con ella, implorándole que le siga aceptando en su condición de hijo a pesar de que su comportamiento contravenga las normas que ella misma ha impuesto en la relación de ambos. Al esbozar el significado de sus intentos suicidas debe considerarse la intención del sujeto de anunciarle en primera instancia las consecuencias insoportables que tendría para él separarse de ella, lo cual en casos de trastorno ansioso similares a este se ha percibido como algo extremadamente doloroso (Bowlby 48). Es crucial en este sentido la culpabilidad que siente el sujeto en dos momentos: aquél en que es confrontado por ella sobre el uso y abuso de drogas y el momento en que ella le rechaza al conocer de su convivencia con la mujer que le acompañó durante las últimas épocas de su vida. Entraremos en estos dos aspectos a continuación.

## Pedofilia

Hacia el final de su adolescencia desarrolla una relación con CSL, una ninfeta mucho menor que él. La relación contribuyó, en determinados momentos, a acentuar su angustia y frustración. En varias de las cartas escritas a sus amigos entre 1974 y 1975 habla de esta relación, pero es especialmente en la dirigida a MM, hijo de un conocido filósofo español, en la que cuenta del viaje que se vio obligado a realizar, "como un buen personaje hustoniano", a las montañas de Silvia. Con su mejor tono de añoranza y resignación le cuenta

que resolvió "cambiar de clima, enfilarme por la Carretera al Mar y asentarme en una casita de un amigo en el sitio más alto de los Farallones de Cali... desde donde todas las mañanas, en día despejado, uno puede ver el mar". Este viaje, aclara, no fue realizado por razones políticas "sino románticas, de amor loco y persecución paternal". La retirada le lleva a recluirse "en los bosques, sin dedicarme a otra cosa que a ser devorado por Caperucita" ("Nueve" 46).

Al parecer, y por razones obvias, el padre de esta Lolita, un eminente inmigrante español, se opone vigorosamente a la relación, por lo cual

> [p]arece que hubo una demanda contra mí... búsqueda armada con claras intenciones de asesinato, y mi huida se vio, menos mal, benéficamente acompañada por mi objeto amado, al que destruiré o terminará por destruirme, y en esa transmisión se encontrará creo yo la última, insuperable felicidad. (46)

Ahondando en detalles sobre esta relación, cuenta en esta carta de su

> ...amor, hace ya cuatro años, con una niña de 12 (es decir, cuando la conocí ella tenía 8 y yo 19), del auténtico proceso de *corrupción de mayores* [énfasis original] que se ha venido dando desde entonces: puedo decir que antes de conocerla a ella mi intuición y mi experiencia sexual eran casi nulas, así como mi ignorancia del uso de los estimulantes que fueron a la larga la perdición de Poe, De Quincey, Kerouac, B. Jones, Lowry, y el abismo y cima del padre Burroughs, que a propósito estuvo por Cali hacia 1950 buscando yagé, y fue la única ciudad en Colombia en la que no recayó de aquella fiebre del opio... (46)

En misiva escrita por la misma época y dirigida a un caro colega peruano describe a esta "niña de 12 años super-veloz, super-violenta y super-disipada... [que] me obligó a renegar de mi cultura y de mi pobreza, y a dedicarme a la vida campestre, despreocupada, andar sin gafas por la calle y olvidarme de compromisos intelectuales y todo eso" (46).

## El amor

Un poco después se enamora de PR, joven mujer con la cual trabaja en la redacción de la revista y con quien establece una corta pero intensa relación amorosa a pesar de los conflictos con sus amigos más cercanos que esto conlleva y de la feroz oposición de su madre, a la cual él adscribe hondos sentimientos de celos. La madre se niega a proporcionarle en adelante apoyo económico, haciendo que él asimile su conflicto al de *Furtivos*, película ganadora del Festival de Cartagena ese año. En carta del 25 de abril de 1976

a un colega le confiesa estar perfectamente enamorado de PR, conviviendo en un apartamento durante los últimos cuatro meses, aunque con "diversas interrupciones, algunas muy violentas" ("Nueve" 53). A una psicóloga por su parte le confía lo siguiente en nota manuscrita:

> Sus cartas [de PR] y la contemplación de su rostro purifican mi alma y mi cuerpo de forma milagrosa. ¡No sabía lo que era estar enamorado! Sus palabras y su imagen despachan al mayor monstruo que me aterrorizaba y corrompía mi alma: las tentaciones sexuales cuya realización no me producía sino repulsión... Había la tendencia a entregarme a esos monstruos cuando me encontraba más deprimido y me parecía imposible afrontar la vida. (Carta a GD)

## Conflictos

Caicedo vivió también los conflictos sociales, culturales y políticos que se dieron en su época. Aunque Durkheim no llegó a discutir en detalle el suicidio fatalista, con la información disponible podemos concluir que en el sujeto no se presentan condiciones para un suicidio de este tipo. Por el contrario, en la confrontación con las anteriores, su generación vive una época de explosiva liberación y rebeldía que es lentamente reprimida por una corriente conservadora y reaccionaria. Por convicciones que tendrían que llamarse políticas (aunque él nunca las definiera con esa palabra), el sujeto ahonda aún más este grado cuando se distancia también de los esquemas preponderantes de su clase social y racial. De repente se encuentra en una situación inesperada de aislamiento en la que los contactos con los demás habitantes de la ciudad ya no son claros ni fuertes.

## Se suicida en su ciudad

El sujeto parece responder a las características del suicida egoísta, especialmente en cuanto al singular aislamiento en el que se encuentra al momento de su muerte. El progreso de la urbanización, la pérdida de estructuras sociales y vínculos familiares, así como los cambios en los papeles de los sexos tienen todos un rol determinante en la formación de su conducta a través de la adolescencia (Klerman). Durante el espacio de vida del sujeto, su sociedad experimenta un traumático y súbito proceso de secularización, industrialización e individualización. En este proceso –también denominado "modernización" por influencia de la jerga económica– la calidad de vida cambia notablemente para los habitantes de la ciudad, el bienestar transándose frecuentemente por índices contables, por perspectivas o promesas monetarias controladas por estamentos gubernamentales o elites raciales y socioeconómicas. Esta

situación ha sido propuesta como causa estructural en el aumento del número de suicidios anómicos, atribuibles con frecuencia a situaciones de soledad en sociedades cada vez más complejas en las que incrementa constantemente la dificultad de establecer contactos sociales satisfactorios. En sociedades con estas características es típico el surgimiento de personalidades como la del sujeto, introvertidas, incapaces de relacionarse con otros de manera satisfactoria. Para Giddens, el comportamiento suicida de este tipo de individuos podría estar dirigido a procurar expiación o reintegración social.

La dramática mutación que sobrelleva la ciudad durante los años de su adolescencia –pasando súbitamente de una periférica situación provincial a una de centro urbano– hace dificultosa y frágil la integración del sujeto en esa nueva e improvisada sociedad. La cantidad de habitantes aumenta en oleadas desproporcionadas y los "locales" como él optan muchas veces ante esta nueva situación por una conformación social que les agrupe defensivamente frente a los recién llegados. Adicionalmente, el alto grado de identificación que presenta Caicedo con su lugar de habitación genera en él la percepción de que los cambios que suceden sobre su ciudad son cambios inducidos sobre su propio ser biológico.

## Puntos cardinales

A pesar del eurocentrismo que lleva implícito, el concepto del gradiente geográfico no es del todo inútil para este caso. La epidemiología general del suicidio muestra un gradiente Norte-Sur y Oriente-Occidente, lo cual sugiere entre otras cosas que factores relacionados con el clima y las estaciones pueden intervenir en estas actitudes. Varios estudios han señalado al final de la primavera y el transcurso del verano como temporadas propicias para la crisis definitiva de una personalidad suicida. Sin embargo, la vida de Caicedo transcurre casi completamente en regiones tropicales donde no existen estaciones claramente demarcadas como las de los hemisferios Norte y Sur, aunque él sí habla en sus obras de temporadas propicias para, o colmadas de suicidios. Puede incorporarse además el hecho de que muchos de sus ataques depresivos parecen agudizarse en los períodos en que se encuentra viviendo en la capital y en otras zonas montañosas andinas de considerable altura sobre el nivel del mar, en las que recibe menos oxigenación y exposición a la luz y el calor solar, o en los momentos en que viaja al hemisferio Norte, donde también cambian sus referentes lumínicos y geográficos. En este procedimiento debe tenerse en cuenta, dadas las características relacionales de la personalidad del sujeto, que en esos momentos no sólo se encuentra más alejado de su lugar natal sino también de su madre, familia y allegados.

Si se piensa en la idea del suicidio como un mensaje que encuentra mayor repercusión en el norte y el oriente, hay que atender a los espacios de recepción del sujeto, que no siempre coinciden con los espacios de habitación. Como se dijo, los espacios de habitación del sujeto son predominantemente tropicales, pero además se ubican al sur y al occidente de los polos dominantes a nivel local y global. Es evidente la gran atención que le dedica él a todas las ideas y las imágenes venidas de esos polos dominantes, además del interés por cierta influencia de las filosofías orientales que se abren paso en occidente en gran medida gracias a la mediación ejercida por la cultura norteamericana. En este respecto es preciso señalar la singular afinidad que construye él mismo entre su ciudad y la figura de de la despiadada diosa Kali de la mitología hindú basándose en la homofonía de sus nombres.

Trasladado a una escala menor, el tropismo hacia un polo suroccidental se repite nuevamente en su experiencia local de la ciudad. Entre 1963-1966, realizó varias expediciones en compañía de su madre para explorar los barrios del sur y la costa del Pacífico. Estos viajes le dejan definitivamente impresionado. Nacido y criado en el norte geográfico de la urbe, su inconformidad social le atrae muy tempranamente hacia los barrios del sur, con frecuentes ensoñaciones que refieren a la costa occidental sobre el Océano Pacífico, del que la cordillera le separa en su lugar de habitación como una cortina que impide la entrada del sol en las mañanas. Allí tuvo una experiencia traumática, se había enamorado de una muchacha quien terminó por despedirlo con un desplante clasista, llamándolo una "norteña rana platanera" (Diario IV). En el año 1972 decide abandonar para siempre la casa de sus padres ubicada en la zona norte de la ciudad. Un año antes había terminado sus estudios en el elitista Liceo Belalcázar.

## Juventud

Si bien a lo largo del siglo xx las tasas más altas de suicidio se ubican entre grupos de ancianos varones, en los últimos cuarenta años se nota un aumento dramático en el número de jóvenes que recurren a este acto, acercando cada vez más sus porcentajes a los de las multitudes de jóvenes que han realizado intentos fallidos. El incremento en la rata Carb & Hall aplicada al grupo comprendido entre 15 y 35 años se dice correlacionado con una tasa incremental de depresión y potencial adictivo.

En los suicidios entre adolescentes y jóvenes se destacan problemas asociados a la adolescencia misma y a la urgencia sexual (Stenager & Stenager). Llegado el momento de enfrentar este tipo de problemas, las reacciones de sus padres son descritas como unas de vergüenza, celos y temor, ahondando la brecha en la comunicación intergeneracional con su hijo. No es de sorprender entonces encontrar que los conflictos Edípicos de la niñez nunca ceden, y el

deseo sexual del sujeto hacia su madre es entonces coincidente con el temor y la ansiedad manifestados por los padres. Caicedo tiende durante la adolescencia a la rebeldía por necesidad de afirmar su autonomía, a pesar de que se note en el fondo su deseo por el consejo que le pueden brindar los padres.

Al mismo tiempo, el grupo de locales al que pertenece el sujeto es atravesado por una división generacional acelerada por influencias culturales externas a las que la situación urbana le expone con mayor intensidad. Durante esta época Caicedo se mantiene ininterrumpidamente expuesto a literatura, cine y otras artes en las que no sólo se insta al rompimiento con la generación de sus antecesores sino en que además la muerte es un tema principal y constante. De tal manera, el subgrupo de jóvenes al que pertenece el sujeto choca y rompe con sus precursores, lo cual le sume en un nivel más hondo del grado de individualización.

Otro tema de incidencia es el de la definición de la identidad sexual. El sujeto, quien a menudo se identifica con entes o cuerpos femeninos como la madre, la mujer, la ciudad o la música, logra verse a sí mismo de esta manera (recuérdese por ejemplo la voz narrativa femenina de la protagonista en su novela). Sin embargo, esta transferencia se logra únicamente luego de rebasar lo que para él es una edad límite entre la juventud y el inicio de la putrefacción. Caicedo se constituye así en parte del grupo que inició el repunte de esta tendencia suicida entre grupos de jóvenes durante el último cuarto del siglo XX.

Incluso dentro del mundo intelectual y artístico sus convicciones chocan con los principios de los modelos imperantes, adscritos por la época a las tendencias en boga del realismo mágico y otras propuestas generadas por los escritores del llamado "boom" latinoamericano. En una de sus cartas, escribe lo siguiente:

> no quiero levantarme más..., no quiero sentir ese terror de nuevo. Ya estarás pensando que me expreso desde el snobismo existencialista de hace mil años, pero es que ya no puedo más con la vejez de mi adolescencia, ya no puedo más con las exigencias que me hacen los malditos intelectuales ni las que me hace mi alma educada según el cumplimiento del deber y del arrepentimiento. ("Nueve" 51)

Interesado más por la realidad coloquial urbana y adolescente, por la indagación de los cambios que le han arrojado súbitamente a un mundo desencantado y conflictivo, le es sumamente difícil mantener y desarrollar relaciones estables dentro del mundo de la industria cultural. Desde muy temprano se decepcionó con la obstinación ideológica de algunos dirigentes y militantes de la izquierda a nivel local y nacional. Sus responsabilidades como director del Cine-club y de la revista estuvieron en muchos casos llenos de

incomprensiones. En particular le angustia el momento en que se da la ruptura del "tándem" de CM y LAO, dos amigos fraternales y compañeros de aventuras intelectuales. La relación de amistad con CM viene complicada desde años atrás por desacuerdos en posturas ideológicas y estéticas: una confrontación en la que hay una mujer de por medio exacerba esa crisis mientras trabajan juntos en la realización del largometraje. La cosa nunca mejora y la película queda inconclusa. Ya entonces expresaba temores por el desarrollo que habrían de tomar sus iniciativas, un "miedo de que el cine club termine con gente así medio lumpen, aunque por otra parte me produce mucha alegría" ("Nueve" 41). Por esa época también hace públicas por primera vez sus intenciones suicidas, diciéndole en carta a CM: "si llega un día y yo me voy vos te podés encargar del cine club, y la compañía y todo" (42).

"Me ofusca que me sigan llamando 'caleño' o 'loco por el cine', cuando ninguna de las dos cosas me define", escribe, dejando traslucir su inconformidad por las categorías con que se quiere capturar su identidad ("Nueve" 54). Esta cierta ambigüedad hacia su identidad personal y sexual es propiciada entre otras cosas por la irresoluble situación del complejo edípico que se ha detallado anteriormente. En este respecto, una imagen del documental biográfico *Andrés Caicedo: Unos pocos buenos amigos*, que se hace al conmemorarse los diez años de su muerte, vale más que todas las palabras. La filmación casera revela al sujeto desnudo, saliendo del baño ante el grito lleno de sensualidad paródica del pequeño grupo presente. Una voz femenina pronuncia el nombre del sujeto en el diminutivo desde detrás de la cámara, mientras esta última se mueve de manera ascendente, hasta lograr un plano completo de su cuerpo, el pene bien escondido entre las piernas, desaparecido. Es la imagen del sujeto feminizado o desprovisto de su masculinidad más evidente. Es también la imagen de él encarnando a uno de sus famosos "angelitos", empantanado y desexualizado (Ospina, *Amigos*).

El golpe de gracia de su alienación lo constituye el fracasado intento de ser asimilado por los grupos de migrantes desclasados y desplazados, los grupos *lumpenizados* en los que se quiere sumergir y a los que no logra pertenecer por causa de sus ambiguas marcas sociales y raciales. Por todo esto se puede afirmar que Caicedo se ubica en una posición marginal incluso al margen mismo, incapaz por convicción o por imposibilidad de relacionarse con los distintos grupos familiares, raciales, sociales y culturales que le rodean.

Los críticos de Durkheim señalan una confusión aplicable a este caso entre las categorías de anomia y egoísmo. El principio egoísta postula un incremento en las tasas de suicidio durante las crisis políticas; sin embargo, según el sociólogo, en situaciones de guerra como la que prima a lo largo de la vida del sujeto, las normas sociales deberían tender a fortalecerse, generando una mayor cohesión entre sus miembros, lo cual redundaría por el contrario

en un descenso en esas tasas. Por otra parte, un floreciente crecimiento económico supone también la derregularización de las normas sociales, induciendo a suicidios anómicos. La confusión no cede al pensar que en esta época el entorno del sujeto se caracteriza tanto por crisis políticas como por el "florecimiento" económico generado por la inclusión de la ciudad y el país en esquemas internacionales de mercado.

Esto merece ser mirado en detalle. Tenemos que pensar que Durkheim se refiere a períodos de guerra librada contra un enemigo "externo". Es problemático hablar de una mayor cohesión entre la población cuando en la situación del sujeto lo que se evidencia es todo lo contrario, polarización y división en bandos que ponen en jaque esa supuesta cohesión. Aún más, cuando el sociólogo habla de descensos en las tasas de suicidios, es claro que no está teniendo en cuenta los suicidios perpetrados por los propios actores de la guerra que se rebelan contra el deber aparentemente ineludible de matar a un enemigo,o, en ocasiones incluso emplean el suicidio como un arma de ataque contra ese enemigo (piénsese en los kamikazes y en los "sujetos bomba" de guerras recientes).

Sin ser exactamente un soldado ni pertenecer a ningún ejército armado, este sujeto puede considerarse militante de su propia causa, una no tan individual ni tan desconectada como podría pensarse en un principio. Mediante la invocación del suicidio, Caicedo expresa su deseo de pertenecer a una organización invisible que rebase fronteras nacionales y temporales, y a la que puedan afiliarse escritores, artistas e intelectuales con el único requisito de resistir contra la muerte mediante una actitud nihilista. En ese grupo estarían incluidos los innumerables astros de Hollywood que se han quitado la vida, de los que dice: "Todos se fueron, como me estoy yendo yo. Paro de contar porque si no, iremos es llegando al faro del fin del mundo" ("Nueve" 47). Verlo como soldado de este "grupo" de malditos que operarían de manera análoga a la de organizaciones suicidas tan notables como la JUNIR (Juventud Nihilista Revolucionaria) permite intuir en su suicidio motivaciones y repercusiones en los campos políticos, culturales y sociales.

Cabe preguntarse si tuvo en él alguna incidencia el publicitado caso de Yukio Mishima, autor de la tetralogía *El mar de la fertilidad*, quien en la plenitud de su carrera literaria encendió la irrevocable determinación de morir. El 25 de noviembre de 1970, a los 45 años, Mishima realizó frente a un amplio público el ritual del suicidio samurai para defender sus ideas políticas con respecto a la figura del emperador y el papel de las fuerzas armadas japonesas en la posguerra. También se citan razones políticas relacionadas con el estado de la Italia de posguerra como una de las causas del suicidio en 1950 de Césare Pavese, otro escritor y realizador de cine muy admirado por él. Sin llegar a los niveles de espectacularidad que tiene el suicidio de Mishima, ni a la contundencia del de

Pavese, el suicidio de este sujeto comparte con la de estos escritores, además del dramatismo, varios puntos en común.

En el cuadrante cognitivo, el suicidio del sujeto puede verse como solución a problemas personales. Douglas habla de los significados del suicidio, visto como un acto social que incluye significados subjetivos construidos en la interacción entre la víctima y su contexto cultural. La cultura de origen es sin duda un factor determinante en el tipo de suicidio y el método empleado por Caicedo. Si bien dentro de su región geográfica es poco frecuente el suicidio entre las comunidades de raza negra, protegidas por patrones culturales, en su caso particular hay una filiación con grupos de adolescentes, entre quienes el suicidio por imitación o por pactos es más común. Esta sería una aplicación del denominado "efecto Werther", siguiendo al personaje romántico de la novela de Goethe (1774) que provocó una ola de suicidios en la Europa del siglo XVIII.

Es digno de investigar si sus ideas de suicidio aparecen por obra de modelos, por imitación, por contagio o sugestión. En los textos no-ficcionales escritos por el sujeto es frecuente la aparición de personajes suicidas, y muchos de los personajes ficcionales parecen a su vez adaptados de esos personajes. Está por ejemplo la persona que le relató la historia que sirvió de base para el cuento "El atravesado", quien sirvió como modelo para el personaje principal y a quien Caicedo encuentra tiempo después "muy mal, adicto a los downers y a los hipnóticos" ("Nueve" 49). El sujeto pudo haberse decidido a imitar un modelo de comportamiento suicida como el de este personaje como consecuencia de su predisposición emocional y el vacío existente en el terreno donde precisaría de apoyo social.

Aunque puede presumirse la existencia de un "pacto" firmado entre el sujeto y su idealizada personalidad infantil, garantizándole a esta última la preservación en la vida eterna, por encima de las adversidades presentadas por el tiempo cronológico y sus circunstancias, quizá resulta más claro el papel que juegan los medios de comunicación en el proceso mimético que influye al sujeto adolescente. Existe, por ejemplo, en él una obvia atracción por el mundo de las estrellas cinematográficas de Hollywood y lo que denomina su realidad "desvestida", en la que las contravenciones a la moral, los excesos y el suicidio cumplen un papel fundamental ("Hollywood"). Estos personajes tienen a menudo como denominador común su vínculo al mundo artístico, su calidad de "estrellas" y también su juventud y su "caída". Muchas de las víctimas de suicidio catalogadas por Caicedo a lo largo de sus textos guardan también similitudes con él mismo en términos de edad, sexo, posibles motivaciones en el campo psicosocial, ideologías, idiosincrasia y métodos empleados. Pero escoger entre esos personajes una figura central que se erija como modelo no es tarea fácil.

Un proyecto serio destinado a hallar este modelo suicida excede los propósitos del presente texto, pero podría empezar por fijarse en similitudes de este tipo. Amigos y conocidos recuerdan, por ejemplo, un "airecito Lewisiano" en el sujeto. Se refieren al cómico estadounidense Jerry Lewis,[5] por quien demostraba gran admiración (véase los artículos dedicados a su obra que publicó en periódicos y en la revista) y de quien, se dice, copió la risa y la forma de orinar. También puede buscarse en los catálogos del cine de terror y la literatura gótica ("desde *Don't Look Now* no leo más que literatura gótica", le confiesa a uno de sus amigos, y "me he encontrado muy semejante físicamente al Heathcliff adolescente de *Wuthering Heights*", "Nueve" 52). O puede mirarse en detalle el caso del escritor Raymond Chandler, cuya obra del género negro siempre fue admirada por Caicedo. Debe recordarse que Chandler, como Caicedo mismo, intentó infructuosamente quitarse la vida dos veces, aunque terminó siendo doblegado por una enfermedad respiratoria agravada por su rígida vocación etílica.

La lucha del sujeto parte de un espacio local y quiere extenderse hacia lo global con el efecto de ondas concéntricas que avanzan en el agua. Por una parte, quiere ser piedra de escándalo que contribuya a derribar los cimientos morales de la sociedad pacata y reaccionariamente conservadora en la que se desarrolla; en una escala mayor, busca también atacar los principios fundamentales del capitalismo occidental. Su suicidio delata la intención de actuar consecuentemente con el cuerpo frente a sus convicciones, contribuyendo al mismo tiempo a borrar la división central a Occidente entre cuerpo y pensamiento, con la que discrepa. Su visión es un tanto anárquica y procura minar más que construir. El alcance y la intensidad de sus resultados es discutible, sobre todo cuando se piensa en la manera en que su obra y su imagen han venido siendo explotadas y cooptadas por instituciones estatales, comerciales, editoriales y educativas a partir de su muerte.

## Otras lecturas

Desde una perspectiva alternativa, Baechler plantea el suicidio como solución a un problema existencial en cuatro categorías distintas de individuos. Según su lectura, Caicedo se acomodaría a la descripción del individuo escapista, ansioso por evadirse de una situación vital con la que no se encuentra a gusto y que se siente imposible de cambiar. También podría hallarse un asomo de personalidad agresiva, a pesar de que sus métodos por lo general no lo sean. La ocasional rudeza de su actitud podría residir precisamente en el deseo inquebrantable de atacar y minar la fundación moral y económica imperante en su sociedad. En ese respecto, puede mirarse a su madre como encarnación de esa sociedad de privilegios que no le acepta completamente pero que tampoco

cesa en su intento de imponerle restricciones para acreditarlo como ciudadano según parámetros previstos.

De la misma manera, su actitud puede rozar la categoría del oblato, queriéndose inmolar en pos de un ideal más grande que no es necesaria ni únicamente personal o egoísta. Finalmente, también hay algo en él de jugador, apostándole a la muerte en los diferentes intentos suicidas. Cada nuevo intento es una sesión más de ruleta rusa en la que Caicedo se juega la vida ("de todos modos la llevo perdida") con la intención de ver cuánto puede ganar o perder. Taylor habla de la significación que puede tener el acto para el actor. Según él, la víctima raramente busca la muerte en sí y más bien se inclina por la aventura, que representa un riesgo tomado en situación de juego. En este modelo, la muerte puede también tomar la dimensión de un renacimiento o una reencarnación. En la búsqueda de una escapatoria para los problemas, Caicedo hallaría la reinvención de una vida que tuviera para él mayor sentido.

"[E]n caso de que remonte algún día las sierras [que me separan del mar] eso querrá decir que me he ido buscando el primer círculo del infierno... allí me atascaré el tiempo suficiente como para que mis cartas te lleguen cada lustro dentro de una botella" ("Nueve" 51), le escribe a MM. A través del descenso hacia estos "círculos infernales" puede rastrearse lo que Freud en 1917 llamaba "duelo y melancolía". Frecuentes y cada vez más fuertes sensaciones de culpabilidad y auto-devaluación preceden al momento de su suicidio. Durante los últimos meses de su vida se hacen de notar distorsiones en los esquemas cognitivos mediante los cuales Caicedo se ve a sí mismo, al mundo y a sus perspectivas de futuro (lo que se conoce como el triángulo cognitivo) de una manera negativa que prescinde de cualquier objetividad. Un dolor psicológico excesivo genera en él una contracción cognitiva que se traduce en lo que se conoce como "visión atunelada". Esta perspectiva le condiciona a obsesionarse excesivamente por una idea fija sin ver la situación de manera relacional con un todo mayor. La causa directa para esta deformación puede hallarse en el concepto del suicidio sugerido por el rezago de su cultura católica, una idea que adquiere en él más credibilidad a medida que su esquema cultural se va haciendo indiferenciable del personal. Caicedo presenta incluso síntomas de crisis narcisista. Por su naturaleza, es lastimado fácilmente por las críticas y también por la falta de atención especial. Sin embargo, es claro que esta crisis no fue el factor definitivo para su suicidio.

## Depresión y auto-agresión

En 1974, Caicedo escribe: "ya tengo 23 años, y hay amaneceres en que las tristezas están a punto de matarme" ("Nueve cartas" 46). "Lo único que importa es la pasión que lleva a la muerte", dice en cambio a menos de doce

meses de darse muerte (54). Estas frases concentran de buena manera lo que fueron para él los últimos años de su fugaz vida. Sus escritos durante ese último período confiesan inconformidad e insatisfacción con la persona que es, especialmente a los ojos de los demás. También anuncian la intención de auto-agredirse. Diagnósticos psiquiátricos evidencian una seria disfunción en el sistema regulador de serotonina, y a ello se atribuyen recurrentes episodios de pérdida del control impulsivo y actitudes depresivas y agresivas. También se vinculan indirectamente a esta disfunción su inestabilidad afectiva y los primeros intentos fallidos de suicidio.

Según Freud la realización poética (literaria) es la consecuencia de la sublimación de los impulsos eróticos. Los escritores en general son proclives a la depresión y al trastorno bipolar, siendo para algunos la poesía el último arte de la auto-aniquilación. La historia de la literatura está llena de imágenes que contribuyen al aura mítica que rodea a muchos escritores. Entre otros contemporáneos que padecieron cuadros semejantes y llegaron al suicidio podemos recordar a Vladimir Maiacovski, Ana Ajmátova, Silvia Plath, Alejandra Pizarnik y a Ernest Hemingway, quien a los 61 años se disparó con su escopeta tras librar una prolongada batalla contra la depresión y el alcoholismo; la versión oficial atribuyó su muerte a un lamentable y trágico accidente. Virginia Woolf se sumergió en el Támesis con los bolsillos llenos de piedras, también buscó un lecho acuático la argentina Alfonsina Storni ahogándose en La Perla, Mar del Plata. Gerard de Nerval –muy admirado por Ciorán– se ahorcó en un farol parisino; Horacio Quiroga, en cambio, ingirió arsénico en 1937 luego de una atribulada vida en la tuvo que sobrellevar el suicidio de su mujer y el asesinato accidental de uno de sus amigos. En el lúgubre despacho adyacente a ése en que la poeta colombiana María Mercedes Carranza dirige la Casa de Poesía Silva, en el colonial barrio bogotano de la Candelaria, el romántico José Asunción se habría matado con un werthiano y certero disparo al corazón ciento siete años antes. El autor del "Nocturno" fue enterrado en un basurero.

Las depresiones son cuadros en los cuales la perturbación fundamental consiste en una alteración del humor. En Caicedo, la depresión cíclica estuvo marcada por períodos de elevación del ánimo en los que pudo producir gran parte de su obra. Para Freud, en algunas de las formas de depresión –que las calificaba como "duelo" y las diferenciaba entre el "normal y patológico"– la persona que lamenta la pérdida de un ser amado, propiedad o creencia ideológica se siente triste, perdido y por momentos incapaz de disfrutar nada. Después de la pérdida, la libido es retirada del objeto amado e investida al sujeto. Este se retrae, se siente culpable por pecados de omisión y comisión hacia la persona perdida y manifiesta agresión por sentirse abandonado. La ruptura temprana en su relación con la madre y la continua segregación que sufrió por diferentes motivos generaron una ambivalencia afectiva. La depresión del

sujeto puede ser entendida fundamentalmente por sus orígenes en las etapas tempranas del desarrollo y en el área de la sexualidad. El sujeto-adolescente y el sujeto-adulto fueron esencialmente un llanto que infructuosamente pidió el amor perdido del sujeto-niño.

Una mirada como la que le hemos dado a las páginas de los diarios personales y las cartas del sujeto sirve también para documentar la presencia explícita y discapacitante de la depresión. En carta fechada en las montañas en julio de 1971 manifiesta: "estoy excesivamente preocupado con mi mala salud. Vine en pobres condiciones ... los primeros quince días estuve bregando contra la depresión que padecía". En correspondencia a su psiquiatra en Bogotá en septiembre de 1974, manifiesta otro ánimo producto del tratamiento llevado con ella, pero no deja de manifestar que "en cuanto a mis molestias físicas la única que no logro superar es el insomnio" (Díaz). En 1975 confiesa la insoportable recurrencia de problemas para dormir y la presencia de sueños espantosos que intenta alejar con dosis auto-recetadas del costoso antibiótico Ceporex. Igualmente, le aquejan frecuentes ataques de asma, para los cuales decide empezar a usar un inhalador a base de salbutamol, mostrándose consciente de sus propiedades adictivas: "Aquí se hicieron famosos los asmáticos jóvenes y drogadictos que fueron encontrados muertos, felices, aferrados a su Ventilán medio vacío en un sólo día, en las calles o en las discotecas" ("Nueve" 48). Si se añade la hipocondría, hay que excluir solamente al mal genio y el tabaquismo de sus males.

Sus cambios eran con frecuencia súbitos e inesperados. En carta fechada en 1976 expresa: "durante mis dos meses de estadía en Bogotá pude, con los buenos oficios de una prodigiosa psicóloga, aliviarme de mis principales trastornos nerviosos, y la depresión mortal que me atormentaba" (Diario IV). Quince días después, en carta a esa psicóloga, manifiesta "Despertaron nuevamente los vampiros que me estaban desangrando... usted me recetó unas pastillas ...creo que lo mío no puede curarse con pastillas sino con sangre" (Carta a GD). En octubre de 1976 escribe "dentro de pocos días tendré la felicidad de escribir en la primera página: Este libro ya no es para CSL, sino para la Doctora GD, a quien debo la resurrección de mis capacidades" (Carta a GD). Sin embargo, en diciembre del mismo año anuncia que nuevamente ha, "caído en una inesperada crisis depresiva" y en abril de 1977 expresa: "estaba realmente magullado por una frustración casi inesperada y dolorosa, un deseo de muerte contra el cual me encontraba luchando fieramente" (Diario IV). Por si hiciera falta adivinar el final de esta historia, que puede entreverse con claridad por medio de estos manuscritos, el sujeto también recurre a materiales publicados para anunciarlo.

## Otros síntomas

En una página de sus diarios, Caicedo señala el origen de sus males: "en julio de 1972 hizo crisis una dolencia psíquica que contraje en la infancia" (Diario IV). A partir de entonces documenta episodios de depresión mayor (tristeza permanente y profunda, ideas suicidas), distimia y enfermedad bipolar: estando en el piso 13 de un céntrico edificio bogotano contiguo a la plaza de toros, viendo una película, confiesa, "me da de pronto una atracción, de que bien pudiera tirarme y caer en toda la mitad, y, ¿sí cabría mi cabezota en el ruedo? Ya no me da ni pizca de miedo la muerte, aunque haya dejado de meter pepas" ("Nueve" 53).

Los cuadros se repitieron en épocas siguientes de su vida y lo llevaron a sumirse en inactividad por largos períodos o renunciar a proyectos. Un síntoma que siempre lo acompañó y por el que tuvo que tomar medicación permanente fue el insomnio. Otros, revelados en sus testimonios y cartas, fueron el asma, la tartamudez, la impotencia sexual y la cefalea que le impide dedicarse a la lectura y la escritura de documentos importantes tanto como quisiera, al igual que la fobia social y ciertas hipomanías, obsesiones y compulsiones.

La agudización de síntomas depresivos como la tartamudez y la angustia se ha relacionado igualmente con los sucesos acontecidos en su vida en el año 1971, que coinciden con el momento en que entra a la "vida adulta" como ciudadano e inicia simultáneamente sus contactos con "la pandilla salvaje de CSL". Con ellos se dedica a pasar el tiempo "tirando fuerte salsa (...) sudando muchísimo porque, como quien dice, ya que el trabajador de la cultura no hace esfuerzo físico, entonces que baile, que se dedique a la sanísima actividad del sudor bailando música caliente" ("Nueve cartas" 43). Ese ritmo, sin embargo, le va debilitando rápidamente. En carta de julio 23 de 1972, afirma: "hace unos años tenía suficiente energía para hacer frente a esta lucha de clases, pero el abandono de mi niñez y mi frágil constitución nerviosa me han invalidado" (Carta a JB).

También debe a sus andanzas con esa "pandilla" las preocupaciones asociadas a su precario estado financiero. Los gastos de transporte de los jovencitos en frecuentes viajes al campo y a las ciudades, donde en ocasiones asisten a hasta cuatro funciones de cine por día, corren por cuenta de él, por ser el mayor del grupo. Esa crítica situación económica en la que va cayendo, admite, "no ayuda a curar mi asma" ("Nueve" 48).

Uno de los síntomas psicosomáticos más relevantes fue "la sensación de impotencia viril que me produce esterilidad creativa" (Diario III). En su relación con las mujeres encuentra "una verdadera lucha de sexos, de modos de enfrentar la vida y, por mi parte, una inadaptabilidad a ciertas actitudes morales de las mujeres, sobre todo cuando yo estoy de por medio" ("Nueve"

38). Pocas veces Caicedo describe haber logrado una relación sexual efectiva, pero confiesa algunos logros como

> el encuentro con Maryuli [¿Maryuli, Mary, María?], una joven prostituta lindísima, me parece que lo único barro son los dientes que a mí me gustan grandes y a esa luz como rojiza no se los pude ver bien, estuve conversando con ella todo el tiempo. Debió ser el toque sutil, complejísimo, que mi cuerpo y alma necesitaban para recuperar el vínculo con todas las cosas y me devolvió eso que los médicos llaman "tono de vida" (39).

## Cara droga

Los parasuicidios y demás síntomas de desorden psiquiátrico constituyen en Caicedo factores de riesgo en la transferencia al grupo de aquellos que completan el suicidio. La temporada de permanencia en clínicas psiquiátricas eleva en él ese riesgo a niveles graves. Igualmente, los síntomas depresivos y esquizofrénicos y su incremental adicción a las drogas, así como los ataques de ansiedad y desórdenes en la personalidad le ubican dentro de una categoría de alto riesgo. Una proveniencia urbana y el rezago de la educación católica recibida (a pesar de su explícito rechazo a esa fe) contribuyen para darle un perfil total extremadamente alto. Todos estos datos son comunicados a su familia y allegados con prontitud por el personal de las clínicas, pero no así las maneras de encarar el problema de manera unificada.

A lo largo de su tratamiento fueron empleados métodos preventivos que no dieron resultados efectivos a largo plazo, como el ostracismo social o el castigo. El internado en clínicas psiquiátricas constituyó para él una forma de enclaustramiento que le hizo sentirse aún más desconectado del resto del mundo. La aproximación restringida a métodos empleados frecuentemente en estos casos tampoco pareció ser de ayuda. En la terapia de intervención a sus crisis se incluyeron la psicoterapia y la farmacoterapia, así como un método experimental de Estimulación Magnética Transcraneana (TMS).

Con la dureza de las lecciones aprendidas, puede afirmarse hoy que habría resultado más conducente un esfuerzo por la protección y el mejoramiento de condiciones de vida tales como el ambiente familiar, laboral y social, así como mayor tolerancia hacia la individualidad de su estilo de vida. El deseable y poderoso desarrollo de una relación de apoyo entre el sujeto y sus terapeutas no funcionó a cabalidad, en muchas ocasiones por displicencia del propio personal médico. Tampoco se hizo un mayor esfuerzo por involucrar directamente en ese proceso a las personas más significativas de su entorno social y familiar.

La promoción de una mejora en su calidad de vida debió tener en cuenta recursos como el deporte y una dieta saludable, la diversión e incluso

la espiritualidad, aspectos que se vieron minimizados frente a un intento de solución que enfatizaba excesivamente el reemplazo de las sustancias psicoactivas que consumía el sujeto por dosis de medicamentos farmacéuticos muchas veces recomendados según experimentos realizados en otras regiones bajo circunstancias bien distintas a las suyas.

Al considerar su adicción a las drogas vale la pena investigar las causas más que aceptarla simplemente como motor único de su suicidio. Caicedo no parece ser capaz de visualizar mayores opciones para su vida, y las drogas se convierten entonces en mecanismos de escape. Alterar su conciencia le permite evadirse de la angustiosa realidad temporal y cronológica en la que su cuerpo envejece a paso constante e incontrolable durante años. En ello halla incluso un mecanismo motriz para ser capaz de establecer conexiones que el bloqueo nervioso de su conciencia no le habría permitido reconocer fácilmente y para hacerse más productivo, para escribir más y más rápido, de un tirón. Es de notar que le interesa la idea propuesta por Edgar Allan Poe en su *Filosofía de la composición*, según la cual el tema más sublime al que puede aspirar el arte es el de una mujer joven muerta por agotamiento de las fuerzas, que sirve de base para la creación de la heroína de su propia novela y en alguna medida también como modelo para su vida.

En muchos aspectos, el suicidio del sujeto parece coincidir con el de la poeta argentina Alejandra Pizarnik, "la hija del insomnio", cuyos poemas aluden con frecuencia a la sangre y a la muerte: "triste como sí misma / hermosa como el suicidio". El verdadero nombre de Alejandra era Flora, uno que manifiesta su conexión con el nombre de Siempreviva con que se bautiza la heroína de la novela del sujeto en las últimas páginas de la misma. Pizarnik también estuvo internada en una clínica psiquiátrica, y al igual que Caicedo, empleó una dosis letal de Seconal para quitarse la vida a finales de septiembre de 1972, el mismo día que salió de la clínica, día en que coincidencialmente Caicedo celebraba su cumpleaños número 21.

El personal médico encargado de tratar a Caicedo confió excesivamente en los resultados que brindaría la sedación y el tratamiento con antidepresivos y ansiolíticos, debidamente acompañados por drogas contra los síntomas de supresión. Lamentablemente, este procedimiento sólo pareció agudizar su fármaco-dependencia y extender el catálogo de drogas que utilizaba con frecuencia, aunque no queda claro si estas drogas las obtenía siempre por receta médica o por conexiones con el mundo subterráneo del comercio ilícito.

Una numerosa variedad de fármacos le fueron recetados durante el tratamiento, incluyendo antidepresivos y somníferos comunes como Prolixin D, Prozac, Zoloft, Paxil, Luvox, Celexa, Lexapro, Fenergan, Wellputrin, Effexor, Halcion, Serzone y Remeron. La prescripción de estas drogas y de sus dosis cambió continuamente, obedeciendo a notorios efectos secundarios relatados

por Caicedo. El Prozac, por ejemplo, le produjo agorafobia y hemorragias gastrointestinales, mientras que el Zoloft le causó una exacerbada y poco realista preocupación nerviosa que tomaba la forma de recurrentes pesadillas; el Celexa le generaba trastornos de ansiedad afectiva como fobias hacia las mujeres, los perros y los espejos; el Remeron le indujo irritabilidad, llanto frecuente e impulsos explosivos; el Halcion se creyó responsable de pérdida del apetito, alucinaciones y ataques de pánico; el Paxil de aumento del apetito, ansiedad y agitación; el Lexapro le alborotaba el insomnio y la depresión neurótica y el Wellputrin parecía lanzarlo hacia el sueño excesivo y tornarlo hostil. El Seroxat alborotaba sus trastornos obsesivos compulsivos y sus manías suicidas, algo a lo cual el trastorno bipolar le hacía especialmente vulnerable. Para colmo, luego de una de sus excursiones al sujeto se le administran dosis de drogas contra la malaria, que le incendian en fiebres y complican su cefalea (Diario V, VI).

Para la época de estas muertes no se habían hecho públicos los primeros estudios que indicaban la posible relación entre antidepresivos y manías suicidas. Los que vinculan las drogas contra la malaria y las actitudes suicidas, ya documentados en estudios realizados en la guerra del Vietnam, permanecieron clasificados durante décadas. Hoy en día, tras la abrumadora evidencia de la cual lastimosamente no pudo beneficiarse el sujeto, se recomienda la observación estrecha de los pacientes tratados con estos agentes para detectar el empeoramiento de la depresión o la aparición de tendencias suicidas.

En la época de internado forzoso hablaba de estar alejando la idea del suicidio. "Llegar a viejitos tocará, hermano", dictamina, con una convicción que es imposible determinar si es verdadera, si la escribe para evadir la censura de la institución, o si es producto del estado mental en que le tienen las drogas psiquiátricas. Al respecto de lo último conserva nítida conciencia y produce varios comentarios: se queja de que "me están dando mucha droga", y de los "coloquios molestosos" con uno de los psiquiatras, quien "volvió mierda todos los artículos en [la revista] y está dispuesto a que a mí se me quite la idea de creerme un genio" ("Nueve" 55). Sin embargo, parece luchar por mantener una perspectiva optimista del tratamiento al que está siendo sometido: "me estoy desintoxicando de todo lo que venía metiendo desde 1969: mariguana [...], cocaína [...], benzedrina, ritalina y sobre todo el Valium que me quitaba la tartamudeadera... Espero que cuando salga de aquí pueda enfrentar la vida en condiciones normales" (55).

Ese optimismo se pierde al cabo de unas semanas de estar internado y "prisionero" de "esa mierda de droga" (56). A partir de ese momento empieza a definir su situación como un verdadero "horror lovecraftiano" reminiscente de lo vivido por el personaje principal de *A Clockwork Orange*, como puede evidenciarse en un inserto de su diario:

> Bogotá, julio 28, 1976
> casi al mes de haber sido inyectado con Prolixin D: imposibilidad de demostrar o sentir emociones, como ira o felicidad. Lo único que puedo hacer es caminar de un lado a otro o dormir bajo el efecto del Fenergán. Tampoco puedo leer y a duras penas escribir... No puedo demostrar afecto, no puedo hacer el amor, soy como un ente que tiene dentro de sí una droga destinada a "pensar bien". Realmente nunca me había sentido tan mal en la vida, nunca, ni en mis peores intoxicaciones con drogas peligrosas no formuladas. Por las tardes me da una nostalgia terrible de mis anteriores estados de ánimo, y apenas abro el ojo por las mañanas, una profundísima tristeza del poco margen de actividad que me depara el día. Incluso el cine... me está prohibido: no me es posible estar una hora y media o más en una butaca: a la media hora ya estoy inquieto... Y no soporto la compañía de las personas, porque implica raciocinio, conversación, y yo no estoy dispuesto para ninguna de las dos ("Nueve" 56).

## Obra

Las experiencias de "corrupción de mayores" con la bella y joven CSL son aprovechadas por Caicedo en el terreno creativo, y las emplea como inspiración para su novela, no/dedicada a ella "pues cuando creció llegó a parecerse tanto a mi heroína que lo desmereció por completo" (*Música* 3). También se basa en estas experiencias para escribir, por encargo de Luis Ospina y Carlos Mayolo, un guión para largometraje que Bárbara Steele se ofrece inicialmente a protagonizar: "se llama 'No me desampares ni de noche ni de día', de horror, basado libremente en *Otra vuelta de tuerca* [*The Turn of the Screw* de Henry James], y es en todo caso sobre niños perversos y en general bastante loco" ("Nueve" 53). El guión quedó inconcluso a raíz de su muerte, pero el núcleo de la idea fue retomada años después en el largometraje *Carne de tu carne*, dedicado por Mayolo a la memoria de Caicedo.[6]

A pesar de sus tribulaciones emocionales, la última etapa de su vida marca también una desenfrenada actividad creativa que se ha iniciado explosivamente a partir de 1969, cuando recibe premios locales y latinoamericanos por sus relatos "El tiempo de la ciénaga", "Berenice" y "Los dientes de caperucita". En los setentas publica columnas de crítica cinematográfica en periódicos locales y nacionales como *El País*, el *Pueblo*, *Occidente* y el Magazín Dominical de *El Espectador* mientras trabaja creando eslóganes publicitarios tan recordados como aquel de "la consulta que resulta". A menudo se queja de problemas y censura en los diarios para los que trabaja, cuya orientación y motivación de ortodoxia partidista desconoce y desprecia el interés suyo por lo camp, lo cursi y la serie B. Entre 1974 y 1977 edita y publica los cinco números de la revista *Ojo al Cine* del Cine-club de Cali, que incluyen un buen número de artículos

escritos por él. También escribe su relato "Antígona", que aparecerá publicado póstumamente en 1979 por *ECO, Revista de la Cultura de Occidente*, al igual que varios otros de sus textos críticos y literarios.

Esta desenfrenada actividad creativa hace juego con su ansiedad manifiesta por quedar incluido, publicado e impreso después del día de su muerte. "[N] unca voy a ser ni escritor ni director de cine famoso", augura en otra de sus cartas. "Lo único que yo quiero es dejar un testimonio, primero a mí de mí, luego a dos o tres personas que me hayan conocido y quieran divertirse con las historias que yo cuento" ("Nueve cartas" 41).

Como puede establecerse a través de su correspondencia, su auto-estima se encuentra en continua crisis, oscilando entre la sub- y la sobre-valoración de sus propias habilidades. A menudo estas crisis son acompañadas por actitudes agresivas activadas por sensaciones de impotencia y desesperanza frente al futuro del mundo, de su ciudad y de sí mismo. El pesimismo que se le observa en apreciaciones sobre el futuro contrastan con lo que llega a pensar que podría lograr con su suicidio para alterar ese proceso. Por una parte, el futuro significa para él el lugar en el que reside su adultez, condición que busca evitar a toda costa no sólo por lo que conlleva en términos de edad y corrupción física sino además por los compromisos y las responsabilidades que promete, distantes absolutamente de la idea que él tiene sobre lo que significa vivir en libertad y conforme a su criterio moral. Escapar perpetuamente en vida de ese destino no se le presenta como una opción viable, pues intuye y luego comprueba lo que significa el ostracismo institucionalizado en manicomios, cárceles, hospitales, o incluso en casas de reposo para ancianos.

La anomia en que se sume su sociedad le crea una permanente sensación de insatisfacción en el desempeño personal; en este sentido, el suicidio tiene como fin que el sujeto logre sobrepasarse a sí mismo según sus propios índices de calidad. Si bien se nota en él una constante tendencia hacia el incremento de su producción, no lo hace con el fin de acumular residuos que puedan ser guardados en forma de "ahorros" para el futuro. Por el contrario, intenta concentrar la producción al tope de sus capacidades, manteniendo una línea de vida totalmente ascendente, para luego hacer del evento de su muerte una explosión resonante que marque su intransigencia por la cooptación que significa para él el período descendente de la existencia.

Siguiendo con esta preocupación, en 1975 prepara la publicación de un libro "muy influenciado por Vargas Llosa, Nicholas Ray y Anthony Burgess" que incluirá dos de sus cuentos, "uno de 50 páginas y otro de una y media" ("Nueve cartas" 47). Con el patrocinio de su madre, el libro aparece impreso con escaso tiraje por Ediciones Pirata de Calidad para la fecha de su cumpleaños, "día en el que, si amanezco muy obsesionado con Billy the Kid y decido que no vale la pena empezar los 25, me pegaré un tiro" (47). Luego de autografiarlo

y regalarlo a "unos pocos buenos amigos", termina vendiendo personalmente los ejemplares restantes del libro por las calles y en los teatros de las principales ciudades, desde los más populares y derruidos hasta los más atestados de "snobismo revolucionario". Es el mismo procedimiento con el cual ha venido hasta entonces distribuyendo los números de la revista (encuentra una dificultad cada vez mayor en conseguir quién pague los 30 pesos que cuesta el ejemplar desde la aparición de una revistica de la competencia, *Cuadernos de cine*). Para su sorpresa, el libro tiene buena acogida entre universitarios y adolescentes.

A mediados de 1975 Caicedo inicia, por encargo de la Universidad del Valle, el proyecto de realizar un plan de estudio del cine en Ciencias de la Comunicación. La facultad es entonces dirigida por el español JMB, de formación epistemológica francesa, y a quien se le publicara una lectura plural de *Chinatown* en el tercer número de la revista. Cuando su propuesta es rechazada decide viajar a Bogotá en busca de nuevas oportunidades. El día en que masacran a los estudiantes en la protesta estudiantil en Cali él se encuentra realizando unos contactos en la Universidad Nacional y se manifiesta maravillado por un discurso improvisado por un tal Pedro Manrique Figueroa, familiar de un amigo suyo, que logró movilizar a un enorme grupo de estudiantes (Diario VI).

El proyecto original que tenía para el libro publicado en 1975 sufrió modificaciones por las cuales decidió ampliar uno de sus cuentos cien páginas más hasta convertirlo en la novela. Es un texto que ha empezado a escribir en 1973, la época de su primer viaje a los Estados Unidos (que es también el primer momento en que usa la cocaína). Quiere "contar más cosas, más sensaciones y aventuras de la chica esa, mi protagonista", un personaje inspirado en CSL, aunque también en PR, especialmente en cuanto a su apariencia física. En un principio percibe la obra como un "inmenso libro sobre los Stones [su grupo favorito de rock] que entroncaré con el fracaso de mi generación" ("Nueve" 51).[7] En 1974, durante su viaje a Nueva York, se enfrasca nuevamente en el abuso de la cocaína mientras trabaja obsesivamente en el proyecto de la novela y otros textos. La propuesta del libro es aceptada para publicación y los derechos son comprados por la Colección Popular de Colcultura y por la editorial Crisis de Argentina (esta última termina rompiendo su promesa de publicarla a principios del año 1976, posiblemente por incidentes relacionados con el golpe de estado militar). Es un momento positivo para él, pues también se monta en Bogotá su versión de "La ciudad y los perros" de Vargas Llosa. Sin embargo, no cesa de pensar en la realización de "mi obra última, la menos intelectual, la más auto-destructiva. No creas, por lo tanto", le escribe a MM en abril del 76, "que estoy bien vivo. Estoy muerto... el rico llanto de ahora es lo que me da fuerzas para escribirte mientras espero, por favor, por favor, que se acabe la proyección" ("Nueve" 51).

El proyecto termina tomando la forma de una novela-testimonio y fue motivo de viajes e investigaciones y de reflexiones sobre su propia vida durante los siguientes doce meses. Las publicaciones, las cartas a sus amigos y las conversaciones con los que frecuentaba, así como los episodios clínicos, revelaban a un hombre que estaba constantemente despidiéndose de la vida. En una de las cartas que escribió al padre, y que fuera publicada en la Revista *Eclipses*, fechada en Cali en febrero de 1976, escribe "Mis temporadas de angustia se hacen cada vez más largas, y estoy pensando que si no salgo de ésta, me terminaré yendo a escribir al Carajo" (122). Finalmente, en la penúltima carta a PR que conocemos, fechada en octubre del 76 expresa: "Con la prosa trunca en mi mente y en toda mi naturaleza, no puedo proyectar películas ni investigar... Soy un condenado. Pero he hecho una vida completa, veloz e intensa, ejemplar"(Carta a PR). Cuatro meses después, escribe una carta a su colega peruano en la que anuncia su muerte inminente, y el 4 de marzo del 77 enciende "la última rumba" y vacía el contenido del tubo de seconales en su boca con ayuda de una botella de ron, falleciendo antes de poder recibir atención médica.

Su obra es, como dice el crítico G. Gutiérrez "una coherente, urgente, dolorosa y –a la postre– esperanzada visión del país" (62). La crítica hacia algunos de sus textos fue muchas veces injusta, y estuvo dominada más por criterios políticos y faranduleros que los propiamente literarios. El proceso cubano, la guerra interna, y la ineptitud del gobierno fueron motivo para determinar y tomar posiciones que muchas veces resultaron controversiales. La publicación previa en la antología de nuevos narradores colombianos *Obra en Marcha 2* (1976) de algunos fragmentos de sus "diarios" ["Pronto"], le generó ataques personales y una polémica que afectó su sensibilidad provinciana. Se trata de textos experimentales en crítica cinematográfica que ficcionalizan sus experiencias sobre lo a/típico en Hollywood desde un punto de vista totalmente personal e íntimo. Son caracterizados por él como "notas apasionadas y más bien terapéuticas que escribí en Los Ángeles, en uno de mis periodos de soledad y horror más acusados" ("Nueve" 49).

## Conclusión

William Styron, en su texto "Darkness Visible", advierte que "the greatest fallacy about suicide lies in the belief that there is a single immediate answer –or perhaps combined answers– as to why the deed was done" (38-39). Por insatisfactorio que pueda parecer, el presente estudio puede ofrecer como única conclusión para el suicidio de este sujeto la configuración de un complejo acto multideterminado al que no se puede adscribir una causa única.

A la luz de la teoría construccionista, el significado dado por Caicedo a su suicidio estaría asociado a una manera de transformar su alma en el paso de este mundo a uno siguiente. Se trataría de una transformación substancial del ser como mecanismo que active los sentimientos de los seres queridos o que actúe en venganza contra ellos. A pesar de su formación religiosa, no existe evidencia concreta de que Caicedo crea en una vida posterior a la muerte, aunque sí en la persistencia de la imagen, del legado y de la memoria, todos los cuales sin duda estaría tratando de afectar y agrandar con su suicidio, aunque rechace abiertamente la fama como una posibilidad a ser adquirida por él en vida. La muerte en efecto cambia sustancialmente su situación y su consideración como creador y como figura pública.

El sujeto dramaturgo, narrador, ensayista, crítico y finalmente suicida, es producto de una época y de las circunstancias familiares, culturales, sociales y políticas que lo rodearon, pero es también resultado de la actitud de una parte de la intelectualidad local que no supo reconocer en ese momento la verdadera dimensión de su obra. De alguna manera se sintió más despreciado e incomprendido que amado. Esto también explica, aunque no justifica, su decisión final. Caicedo fue víctima, como muchos otros, de una sociedad hipócrita, violenta, agresiva, y fundamentalmente depresiva. Una sociedad que a casi tres décadas de su desaparición no ha cambiado en lo sustancial. Es así como ante nuestros ojos tenemos aún todo el material del que Caicedo tomó prestado para construirse y destruirse.

Notas

[1] N.E.: El autor equivoca el nombre del edificio Corkidi, en que vivió Caicedo el último periodo de su vida.

[2] Véase Ospina y Romero Rey, 15.

[3] Con todas las ventajas que puede proporcionar, el método del genograma también tiene sus límites. Por una parte, le brinda demasiado crédito a una idea genealógica arborescente que entra en conflicto con la estructura de la sociedad "parricida, matricida y nanicida" que parece estar planteando el sujeto mediante su obra y su vida.

[4] Recuérdese que el sujeto considera como su *opus magnus* el cuento que titula "Maternidad". Este texto fue publicado gracias al mecenazgo de la madre, quien como regalo en el vigésimo-primer cumpleaños del hijo ofreció correr con todos los gastos de imprenta y encuadernación.

[5] Existen opiniones que indican que también podrían estarse refiriendo soterradamente al escritor Lewis Carrol, con quien el sujeto compartía la atracción por los menores de edad.

[6] Una nota sería necesaria para aclarar la relación de esta novela con la obra y la vida de Caicedo. En la novela corta de James, dos de los protagonistas (hermanos de 8 y 10 años de edad), son acusados por su institutriz de "corrupción" y "contaminación". James evoca en ella magistralmente "horrores" que van desde el abuso sexual infantil hasta el suicidio; el efecto de este texto se logra por sugestión. En su artículo "Neurology in 'The turn of the screw'" (British Medical Journal, 894:4 [Dec. 22, 1973]: 717-21), J. Purdon Martin argumenta que una epilepsia lobular temporal puede ser responsable por las experiencias de la institutriz.

[7] Nótese la proyección en el Cine Club de la película *Gimme Shelter*, una de sus preferidas, la noche posterior a su segundo intento de suicidio.

## Bibliografía


Baechler, Jean. *Suicides. Les suicides* [1975]. Barry Cooper, trad. New York: Basic Books, 1979.

Benedict, Ruth. *Patterns of Culture*. Boston: Houghton Mifflin, 1934.

Bowlby, John. *Attachment and Loss. Attachment Vol 1*. International psycho-analytical library, no. 79. London: Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, 1974.

Caicedo, Carlos Alberto. Entrevista personal. Cali, Abr. 13, 1997.

Caicedo Estela, Andrés. *Angelitos empantanados o historias para jovencitos* [1995]. Cara y cruz. Santafé de Bogotá: Norma, 1997. 2a.

_____ "Antígona". *ECO* 35/212 (Jun 1979): 120-44.

_____ "Carta a su padre". *Eclipses* 1/1 (feb 1976): 122.

_____ Carta a ILF (2 de enero de 1975).

_____ Carta a JB (23 de julio de 1972).

_____ Carta a PR (Cali, 12 de octubre de 1976).

_____ Carta a GD (Cali, 9 de abril de 1976).

_____ *Destinitos fatales*. Luis Ospina y Sandro Romero Rey, eds. Bogotá: Oveja Negra, 1988.

_____ Diarios I-VI, ms. Fundación Andrés Caicedo. Santiago de Cali.

_____ *El atravesado*. Cali?: Ediciones Pirata de Calidad, s.f. (1975?).

_____ "El genio de Jerry Lewis". *Cinemateca* 1/1 (julio 1977): 10-11.

_____ "Hollywood desvestido". *Cinemateca* 1/1 (julio 1977): 15-21.

_____ "Kiss, me, Kim". *Cinemateca* 1/1 (julio 1977): 8-10.

_____ *Maternidad*. Ed. Museo Rayo. Roldanillo, Valle: Ediciones Embalaje, 1990.

_____ "Nueve cartas inéditas de Andrés Caicedo". *El Malpensante* 1/1 (noviembre-diciembre 1996): 36-57.

_____ (Cine Club de Cali). *Ojo al cine*. Vols. 1-5, 1974-1976.

_____ *Ojo al cine*. Luis Ospina y Sandro Romero Rey, eds. Santa Fe de Bogotá: Norma, 1999.

_____ "Pronto: fragmentos de unas tales *Memorias de una Cinesífilis* encontradas dentro de una botella en las riberas del Canal de Panamá". *Obra en marcha: la nueva literatura colombiana*. Juan Gustavo Cobo Borda, ed. Vol. 2. Biblioteca colombiana de cultura--colección popular. Bogotá, D.E.: Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura), 1976. 463-90.

_____ "Pronto: fragmentos de unas tales *Memorias de una Cinesífilis* encontradas dentro de una botella en las riberas del Canal de Panamá". *Ojo al cine*. 1999. 479-91.

_____ *¡Que viva la música!* [1977]. Sexta ed. Santafé de Bogotá: Plaza y Janés Editores, S.A, 1996.

Douglas, Jack D. *The Social Meanings of Suicide*. Princeton: Princeton UP, 1967.

Durkheim, Emile. *Suicide, a Study in Sociology*. John A. Spaulding y George Simpson, trads. Glencoe, IL: Free Press, 1951.

Freud, Sigmund. "The Uncanny". *Collected Papers* [1919]. Ernest Jones, ed. Vol. 4. New York: Basic, 1959.

Giddens, Anthony. *The Sociology of Suicide: A Selection of Readings*. London: Cass, 1971.

Gómez Gutiérrez, Felipe. "Andrés Caicedo: el otro boom". *Himenginación* 6 (1998): 42-70.

Gratton, F. "Sociology of Sucide" (Oct. 17, 2001) <http://www.sciencedirect.com/>

Henry, Andrew F., y James F. Short. *Suicide and Homicide; Some Economic, Sociological, and Psychological Aspects of Aggression*. Glencoe, IL: Free Press, 1954.

Klerman, Gerald L. *Suicide and Depression Among Adolescents and Young Adults*. Washington, DC: American Psychiatric Press, 1986.

Malinowski, Bronislaw. *Crime and Custom in Savage Society*. International Library of Psychology, Philosophy, and Scientific Method. London: Routledge & Kegan Paul, 1961

Lester, David. *Making Sense of Suicide: An in-Depth Look at Why People Kill Themselves*. Philadelphia: Charles Press, 1997.

Mayolo, Carlos, Dir. *Carne de tu carne*. Compañía de Fomento Cinematográfico, Focine, COLOMBIA. 1985.

_____ Entrevista telefónica (Bogotá, 22 de abril de 1997).

_____ Entrevista personal (Bogotá, 1 de agosto de 1996).

Ospina, Luis, Dir. *Andrés Caicedo: unos pocos buenos amigos*. 1986.

_____ Entrevista personal (Bogotá, 22 de febrero de 1997).

_____ Entrevista personal (Bogotá, 6 de julio de 1996).

Rodríguez, Marta. Entrevista personal (Bogotá, 14 de julio de 1996).

Stenager, Elsebeth y Egon Stenager. *Disease, Pain, and Suicidal Behavior*. New York & London, 1998.

Styron, William. *Darkness Visible*. New York: Random House, 1990.

Taylor, Steve. *Durkheim and the Study of Suicide*. London: Macmillan Press, 1982.